

nes vivaces, que siempre duplican en energía en medio de una muchedumbre reunida en un mismo pensamiento, se predicaban, se estimulaban unos á otros.

En esto llegan cartas de Alexis Comneno, emperador de Constantinopla, anunciando que el peligro es apremiante, y que la nueva Roma está próxima á caer en manos de los turcos con las preciosas reliquias que contiene. Apellando, pues, al valor de los francos les conjuraba á acudir, á correr á salvarla, aunque debieran ocuparla ellos, cuidándose poco de perder el imperio con tal de que no cayera en manos de los infieles.

Representante de la cristiandad é intérprete de sus votos, el pontífice convocó un concilio en Plasencia (1095): la asamblea fué tan numerosa que hubo necesidad de celebrarla á campo raso. Doscientos obispos, cuatro mil eclesiásticos, mas de treinta mil legos oyeron las exhortaciones del pontífice, quien designó á Clermont, en Auvernia, para una nueva asamblea. Cuando se dirigieron allí en la época determinada, se ocuparon ante todo en lo que era objeto constante de los concilios, es decir, en la reforma del clero; luego se tomaron medidas contra las guerras privadas que inundaban de sangre las campiñas. Fué proclamada con gran solemnidad la tregua de Dios; y todo el que no aceptara la paz y la justicia ó atentara á la vida de un hombre refugiado dentro de una iglesia ó bajo la protección de las cruces plantadas en las márgenes de los caminos, fué amenazado con excomuniones. Pedro, vestido con su tosco traje, levantándose junto al sumo pontífice rodeado de la majestad de la Santa Sede, arengó á la asamblea mezclando sollozos á sus palabras. Despues de él apoyó el papa Urbano su alocucion con argumentos de la política y de la religion en un discurso en lengua vulgar, más caloroso y apasionado que elocuente: «Id, hermanos, dice, id con confianza á atacar á los enemigos de Dios, que para ignominia de los cristianos se hallan hace mucho tiempo en posesion de la Siria y de la Armenia: además se han apoderado de toda el Asia Menor, cuyas provincias son la Bitinia, la Frigia, la Galicia, la Lidia, la Capadocia, la Pamfilia, la Isauria, la Licaonia, la Cilicia; y ahora ejercen su insolencia en la Iliria y en todos

los países situados del otro lado, hasta el estrecho llamado de San Jorge. Han procedido peor todavía; han usurpado el sepulcro de Jesucristo, ese monumento maravilloso de nuestra fé, y venden á nuestros peregrinos la entrada de una ciudad que hoy no estaria abierta mas que para los cristianos si hubieran conservado algun vestigio de su antiguo denuedo. ¿No es esto bastante para oscurecer la serenidad de nuestra frente? ¿Y quién si no aquellos que tienen envidia de la gloria cristiana, podrian soportar la vergüenza de no dividir á lo ménos el mundo por mitad con los infieles? ¡Oh cristianos! poned fin á vuestras disensiones y reine la concordia entre vosotros en los países lejanos. Id, y emplead en la más noble empresa ese valor y esas estratagemas que prodigais tan inútilmente en vuestras disputas particulares. Id, soldados, y se extenderá por todas partes vuestra fama.

»Señálese primero el valor bien conocido de los franceses y espante al mundo su nombre secundándoles las naciones aliadas. ¿A qué exponeros hasta qué punto carecen de valor los gentiles? Tened más bien presente en la memoria que *el sendero de la vida es estrecho*; sí, la vía en que vais á engolfaros es estrecha, está sembrada de infinitos peligros y colmada por la muerte; pero debe guiaros á un mundo que habeis perdido. No temais que os sea imposible entrar en el reino de los cielos á fuerza de tribulaciones. Si caeis prisioneros, imaginaos tormentos más terribles que sepueden imponer al hombre, y esperad los padecimientos más espantosos para perseverar firmes en vuestra fé: así rescatareis, si la necesidad lo requiere, vuestra alma á costa de vuestro cuerpo. ¿Tendreis miedo á la muerte, vosotros cuyo valor é intrepidez son ejemplares? Incapaz sería de inventar la iniquidad humana cosa alguna que pueda ponerse en parangon con la gloria celeste que os será concedida. ¡No sabeis que *es una desgracia para el hombre existir y que la felicidad está en la muerte!* Las predicaciones de los sacerdotes nos han hecho libar esta doctrina con la leche materna; esta doctrina la sostuvieron nuestros padres con su ejemplo.

»La muerte liberta el alma de su incómoda cárcel, á fin de que vuelva hácia la morada reservada á sus virtudes; la muerte acelera la

partida de los buenos hácia la feliz mansion que los aguarda; la muerte ataja la perversidad de los malos... De consiguiente por la muerte, libre al fin el alma, goza de las dulzuras de la esperanza, ó recibe el castigo de sus culpas. Mientras está encadenada al cuerpo, se halla sujeta al contagio terrestre, ó para hablar con mas exactitud, está muerta; porque no puede existir alianza conveniente entre las cosas terrenales y las cosas celestes; entre la cosas divinas y las cosas mortales. Pero desprendida de los vínculos que la atan á la tierra, recobra su esplendor, adquiere su vigor primitivo, poniéndose, hasta cierto punto, en comunicacion con la invisibilidad de la naturaleza divina.

»Desempeñándose, pues, de una doble deuda, infunde vida al cuerpo cuando le está unida, y le vuelve, cuando de él se separa, á su primer destino. Habeis debido observar con cuanto deleite vela el alma en un cuerpo dormido, y cómo en el silencio de los sentidos, columbra mil acontecimientos futuros, merced á sus relaciones naturales con la divinidad. ¿A qué temer la muerte, cuando amais el descanso del sueño que es imágen de ella? Ciertamente, fuera demencia privaros de la eterna felicidad por saborear los goces de una vida pasajera.

»Así, pues, amadísimos hermanos, si la ocasion se presenta, no vacileis en sacrificar por nuestros hermanos vuestra vida. El santuario de Dios repele al expoliador y al perverso; acoge al hombre piadoso. No os detenga el amor á vuestros prójimos, puesto que el hombre debe principalmente su amor á Dios. Tampoco os detenga vuestra adhesion al suelo nativo; porque siendo el mundo entero, bajo aspectos diferentes, un lugar de destierro para el cristiano, su país es de todo el mundo; la tierra de destierro es su país, y su país es la tierra de destierro. Ninguno de vosotros se quede á causa de un rico patrimonio, porque le está prometido uno más rico todavía; no de cosas que suavizan nuestra miseria con una vana expectativa, ó adulan nuestra indolencia con los deleznales bienes de la riqueza, sino con aquellos bienes que ejemplos perpétuos y cotidianos deben mostrarnos como los únicos verdaderos. Los bienes de la tierra son agradables pero vanos;

los que los menosprecian adquieren el céntuplo de recompensa.

»Proclamo y mando estas cosas, y para su ejecucion señalo la próxima primavera. Dios derramará su gracia sobre todos los que se obliguen á la empresa; les concederá un año propicio, una cosecha abundante, la serenidad de la estacion. Los que mueran entrarán en las celestes moradas, y los que sobrevivan llegarán al sepulcro del Señor. ¿Y qué mayor felicidad para el hombre que ver durante su vida los lugares donde el Señor habló el lenguaje de los hombres? ¡Oh, benditos aquellos que llamados á estas nobles fatigas alcanzarán la magnífica recompensa.....!»

Al oír esta elocuencia indigesta, aunque vehemente, toda la asamblea exclamó unánimemente en los distintos idiomas de su uso: *Dixit el volt, Die li volt Dio lo vuole.* (Dios lo quiere).

Entonces un cardenal pronunció la fórmula de la confesion general, y todos postrados de hinojos la repitieron dándose golpes de pecho, y luego recibieron la absolucion. Adhemar de Monteil, obispo de Puy, recibió del papa la cruz en calidad de legado; despues de él otros obispos, luego los barones, animados de un piadoso punto de honra, juraron olvidar sus propias injurias para vengar de concierto á Cristo. Los que adquirieron el compromiso de ir á pelear allende el mar, fueron recibidos, así como sus bienes, bajo la protección de la Iglesia, de tal manera que incurrian en ex-comunion los que les causaban algun perjuicio. Así se lanzaron veinte pueblos diferentes á la primera de aquellas expediciones, que fueron denominadas *cruzadas*, porque los guerreros que se habian alistado en ellas, tomaron por signo distintivo *el entusiasmo de la cruz*.

CAPITULO II

Primera cruzada.

Quando los obispos y caballeros se separaron, el papa Urbano y Pedro el Ermitaño continuaron excitando á los pueblos á la libertad del Santo Sepulcro. No se hablaba de otra cosa que de la Tierra Santa; disponíanse todos á combatir y morir por esta sagrada causa. Lo mala cosecha de aquel año parece un nueva

mandato del cielo, y todo el que habitaba en país asolado por el hambre ó por bandas de ladrones, se ponía en camino confiando en la caridad de los barones; arrancábase apresuradamente el villano á los rudos trabajos del arado; vendían las mujeres sus alhajas para atender á los gastos de sus maridos y hermanos; los que nada tenían robaban sus bienes á otros; apresurábanse los deudores á tomar la cruz, en atención á que entonces cesaban de correr los intereses, y el acreedor no podía proceder contra sus personas; abandonaban su guarida los malhechores, seguros en adelante á la sombra de la cruz. Aldeas enteras, provincias, se levantaban en masa con mujeres, niños y ancianos, estando obligados á seguirlos los curas y obispos para no quedar pastores sin rebaño; iban con ellos todos aquellos á quienes la paz proclamada arrebatada la ocasión de ejercer su valor.

El Asia, tierra nueva para los cruzados, ofrece en perspectiva á las imaginaciones y á los deseos ambiciosos, riquezas, reinos, dignidades. El lego que abandona la corte del rey, la bandera del feudatario, el castillo de sus padres, va á buscar allí aventuras y feudos. Deja el monje su celda, el sacerdote un curato ó la escuela para correr á las diócesis, que reunidas á la Iglesia de que han sido separadas, ofrecerían prebendas y obispados. Todos recordaban los recientes ejemplos de aventureros que habían debido una gran fortuna á su espada, como los normandos en la Pulla, Guillermo el Bastardo en Inglaterra, Enrique de Borgoña en Portugal. Y en efecto, ningun rey tomó parte en la primera expedición, sino gentes que aspiraban á conquistar reinos.

No obstante, el sentimiento que animaba á la mayor parte de los cruzados, era realmente piadoso, el impulso del fanatismo si se quiere llamar así. *El que toma mi cruz es digno de mí*, se repetían unos á otros, y abandonaban su bienestar, padres, amigos, el conjunto de afectos que abraza el nombre de patria, para ir á libertar *al gran sepulcro de Cristo*. Salían religiosos de su tranquilo retiro para exponerse á los peligros, en medio de una multitud desenfrenada. Ermitaños envejecidos en las cavernas, artesanos curtidos en el taller, van á adquirir las indulgencias prometidas por el

papa. Imprimense sangrientas cruces en los delicados miembros ó en otros tostados por el sol. Venden los varones sus tierras á vecinos ménos devotos, si no las regalan á las iglesias. Quieren acudir á donde les llaman los prodigios, á donde les impulsa la sombra de Carlo-Magno, que se ha mostrado en Aquisgran para animarlos á libertar la Tierra Santa que ultrajan perros, donde Cristo ha muerto, donde morirán ellos también con alegría. Mezcla extraña de naciones, de sexos, de edades, de vestidos; la prostitución al lado de la austeridad cenobítica, la ferocidad á la par de la mansedumbre, el fausto enfrente de la miseria, el sonido de las trompetas aunándose á las salmodias devotas y á los gritos de *¡Dios lo quiere!* Dios lo quiere, él proveerá; así la prudencia, la precaución, serían cobardía ó señal de poca fé. Ignoran el camino, y no obstante no se incomodan en buscar un guía, repitiendo con Salomón: *Las langostas no tienen rey, y no obstante van juntas en bandas. O bien con el Evangelio ¡Maldito sea aquel que lleva en viaje una alforja y pan! ¡Maldito el que pone la mano en el arado y mira atrás!*

Habia fijado el concilio de Clermont para la partida el día de la fiesta de la Ascension siguiente; era el día en que por lo comun se emprendían las expediciones al salir del campo de mayo. Pasóse el invierno en preparativos y en animarse recíprocamente; apenas asomó la primavera, cuando no pudiendo ser dueños de su impaciencia, se pusieron en marcha por todas partes los cruzados. Iban á millares, sin orden, sin provisiones, sin dirección, buscando á Jerusalem, oponiendo á todos los cálculos de la prevision humana su confianza en los infalibles milagros; á todas las razones decían: *¡Dios lo quiere!* Acudían animados por una única voluntad, desde la turbulenta Alemania, desde la dividida Inglaterra y desde la facciosa Italia. El habitante del país de Gales abandonaba sus selvas abundantes en caza; el escocés sus compatriotas con sus harapos; el danés sus banquetes; el noruego sus pescados crudos; los mismos españoles olvidaban á los sarracenos que infestaban su territorio para ir á buscarlos allende el mar. Algunos hierran los bueyes, cargan en carretas á los niños y á los ancianos, y se ponen en camino en desordenadas filas.

precedidos por una cruz, y repitiendo en voz baja el *Vexilla regis*; despues á cada casucha que se ofrece á lo lejos á sus miradas, se informan de si es aquella Jerusalem.

Habia procurado prudentemente el papa moderar aquel ardor, queriendo que sólo pasasen á Oriente aquellos á quienes su sexo y edad se lo permitiera; los ancianos, los enfermos y los niños debían contribuir á la expedición con limosnas y oraciones; no debían ponerse en camino las mujeres, sino acompañadas de sus maridos ó de sus hermanos; debían esperar los monjes y los eclesiásticos el consentimiento de los prelados; los mismos legos debían proveerse de la licencia y bendición de sus obispos; pero esto era pretender detener un torrente que había llegado á la mitad de la pendiente de los Alpes.

Pedro, á la cabeza de todos, persuadido en su celo ciego, en su indomable voluntad de que un impetuoso choque, secundado con oraciones, bastaría á vencer á cualquier enemigo que fuera, partió de Francia con una innumerable multitud capitaneada por Gualtero *Sin nada*, hombre sin experiencia, y que no era obedecido.

Este ejército, que se aumentó sin cesar hasta el número de cien mil, proseguía su camino subsistiendo de limosnas, que encontró hasta que hubo atravesado una parte de la Alemania; pero llegado que hubo al Danubio y á la Moravia, encontró á los húngaros y á los búlgaros dispuestos á defender sus recientes patrias contra este torrente devastador. Cuando se encontró, pues, esta turba indisciplinada en deber de obtener víveres por fuerza, las gentes del país se encerraron en las ciudades con provisiones de todas clases, ó cayeron sobre los cruzados, quienes desprovistos de armas, hambrientos y en desorden, fueron hechos pedazos.

Llegó Pedro á Constantinopla con un pequeño número de hombre estenuados, y Alexis Comneno le hizo una acogida benévola, pero le invitó á detenerse hasta la llegada de los caballeros.

Entretanto, Gottschalk había reunido por su parte cerca de veinte mil cruzados, quienes habiendo penetrado con no ménos desorden en la Hungría, fueron allí asesinados de una manera pérfida. Una turba peor todavía se juntó á las órdenes del sacerdote Volkmar y el conde Emicon, á las orillas del Rhin y del Mosela,

y se adelantó devastando todo aquel territorio: como les pareciese justo que una guerra emprendida para vengar los ultrajes hechos al Hijo de Dios, empezase con el castigo de aquellos que le habían crucificado, degollaron á todos los judíos á quienes pudieron echar mano á lo largo de aquellos dos ríos, á pesar de los esfuerzos de los obispos para salvarlos. Furiosos con la sangre y el botín de que se encontraban hartos, aquellos ignorantes fanáticos se pusieron en busca de los sarracenos, tomando por guía á un ganso ó á una cabra, á los que seguían por montes y vallados según el instinto que los impulsaba. Pero los búlgaros y los húngaros, contra quienes se disponían á ejercer las mismas violencias, les dieron caza con tal tesón que pocos llegaron á Constantinopla.

Estos diferentes restos, á los cuales se unieron los pisanos, venecianos y genoveses, formaron pronto un total de cien mil hombres. Dóviles en un principio al recuerdo de los males sufridos, no tardó la opulencia de la ciudad imperial en despertar en ellos la sed de botín; así fué que Alexis se tuvo por dichoso con poderlos embarcar y trasladar al otro lado del Bósforo.

Acampados allí en derredor de Nicomedia, recorrían los alrededores que asolaban, cometiendo excesos capaces de sublevar á la naturaleza. No contentos con esto, se les veía combatir á los unos contra los otros por avaricia, por celos de nación á nación y por odio ciego; despues, si alguna banda de turcos venía á atacarles, caían en tropel bajo su cimitarra. Comenzaron así los musulmanes á despreciar á los que les habían hecho temblar, y los griegos á odiarlos. Los mismos cruzados empezaron á perder la confianza que tenían de la asistencia del cielo, cuando no vieron ninguna columna de fuego precederles, ni maná caer para alimentarlos, ni querubines para destruir á sus enemigos. Los que se libraron de la muerte se dispersaron, deseosos unos de volver lo más pronto á su patria, y encaminándose solitarios los demás á Jerusalem. Con respecto á Pedro, que ya no era venerado ni creído, despues de haber declamado en vano contra aquella turba de asesinos y de bandoleros, se retiró oscuramente á Constantinopla, y no figuró más en una expedición de que había sido el principal motor con su palabra.

El exterminio de trescientos mil cruzados no desalentó á los que, mejor avisados, habian hecho para esta empresa los preparativos necesarios bajo la direccion de valerosos capitanes. A su cabeza se hallaba Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, cuyo abuelo se habia casado con Beatriz de Este, madre de la condesa Matilde de Toscana. En el conflicto entre la Iglesia y el imperio, Godofredo, como leal vasallo, habia obedecido el edicto de Enrique IV, de cuyas manos recibió el estandarte, lo llevó contra los partidarios del papa, que protegía la bandera de Matilde, enarbolada sobre los baluartes de Roma, despues de haber matado con la zangra á Rodolfo, *el rey de los sacerdotes*. En expiacion del apoyo dado al cisma y al antipapa Anacleto, se habia hecho cruzado, y bajo sus órdenes estaban ochenta mil infantes y diez mil caballos.

Con él se hallaban sus hermanos Eustaquio de Bolonia y Balduino; otro Balduino de Bourg, su primo, y un tercer Balduino, conde de Hainaut; Carnier, conde de Gray; Conon de Montegudo, Gerardo de Cherisy, Reinaldo y Pedro de Toul, Hugo de San Pablo, y otros muchos. Entre los guerreros procedentes de Francia se contaba Hugo de Vermandes, hermano del rey; Estéban, conde de Blois y de Chartres, con Roberto, conde de Flandes, que tenía bajo su mando flamencos y frisones. Roberto de Normandía, primojénito de Guillermo el Conquistador, contribuyó mucho al éxito de esta cruzada.

Raimundo, conde de Tolosa, que habia combatido en union del Cid contra los moros de España, se habia puesto á la cabeza de cien mil provenzales, más civilizados que leales y valientes; acompañado de Adhemar, prelado guerrero, obispo de Puy y legado del papa para los Alpes y el Friul, entró en la Dalmacia. Los demas cruzados que habian bajado á Italia pasaron el invierno en la Pulla, donde el normando Bohemundo, príncipe de Tarento é hijo de Roberto Guiscardo, dejando la silla de Amalfi, tomó la cruz.

Fué imitado por Ricardo, príncipe de Salerno, y por el más célebre de todos, citado como modelo de caballeros, Tancredo, quien despues de haber permanecido por largo tiempo en la inaccion, viendo cuán en oposicion se hallan las máximas del mundo con las máximas

del Evangelio, fué al fin impulsado á obrar por el grito de las cruzadas.

Eran los adalides más afamados por sus hechos de armas, y mandaban á hombres agueridos, acostumbrados á la disciplina, bien equipados, provistos de víveres y de guías. A su aproximacion el emperador griego quedó poseido de espanto, y Ana Comneno, su hija, nos revela el terror que la inspiraba «aquella raza de bárbaros habitando el Occidente hasta las columnas de Hércules, que, levantados en masa compacta, se abren violentamente un paso al Asia.» Apenas el ejemplo de Homero le da valor para repetir los toscos nombres de gentes que «no entendian el griego, y cuando se les rogaba en esta lengua que no maltrataran á hombres de la misma religion, respondian á flechazos. Están armados con la zangra, arco bárbaro inventado por el demonio para pérdida del hombre, y hecho diversamente. Con efecto, para dispararlo es preciso sentarse, apoyar los dos piés en la madera, y tirar de la cuerda con ambas manos. Salian de un tubo pegado á esta cuerda flechas que atravesaban los escudos, las estatuas de bronce, las murallas de las ciudades.»

Alexis, que á pesar de todo habia provocado la expedicion, y que conociendo cuán necesaria le era, hubiera debido secundarla con todo su poder y aspirar, haciéndose jefe de ella, á consolidar su trono al mismo tiempo que hubiera adquirido inmortal gloria, puso embarazos á las marchas de los guerreros de Occidente desplegando astucias para no incurrir en su enemistad. Negó víveres á los cruzados, quienes se pusieron á talar el país, interin no disfrutaron de abundancia. Finalmente, con objeto de obtener rehenes, detuvo á Hugo, conde de Vermandés, que habia naufragado. Pero Godofredo devastó la Tracia hasta que le prometió soltar á su prisionero; sin embargo, no se decidió á ello sino despues de haber obligado á Hugo á que le jurara fidelidad y obediencia.

Como su pretension era obtener de Godofredo el mismo juramento, llegó el momento de presentar batalla. Bohemundo, que no habia acudido por motivo religioso, sino por ambicion, y que habiendo combatido á los Comnenos en Durazzo, habia visto temblar al imperio delante de trescientos guerreros, insistía en

asaltar á los griegos y expulsarlos. Pero Godofredo, lejos de consentir en ello, llegó hasta á prometer á Alexis restituirle todo lo que recuperara del territorio del antiguo imperio sobre el enemigo. Tanto hizo este monarca con sus halagos y á fuerza de astucia, que arrancó á los príncipes de Occidente el juramento de fidelidad, á pesar del disgusto que experimentaban á causa de aquella política astuta y del alarde amenazador con que disimulaba el emperador su impotencia. Bohemundo, que persistía en negarle homenaje, exclamó entrando en un salón de palacio, y al aspecto de las riquezas de que estaba atestado: *Si estas divinidades fueran mias, en breve hubiera conquistado ciudades y reinos*. Poco despues, todos estos tesoros fueron enviados á su tienda; entonces él mismo prestó juramento, aunque sin intencion de cumplirlo.

Las riquezas, los refinamientos afeminados, los artificios con que se rodeaba á los cruzados, hacian realmente de aquella mansion un jardín de Armida; tambien el intachable Tancredo se alejó despechado sin querer jurar nada, y fué seguido de un escaso número de compañeros.

Por último, Alexis hizo trasladar los guerreros de la cruz al otro lado del Bósforo. Cruzaron la Bitinia, donde se les incorporaron los dispersos restos de los ejércitos de Pedro, de Gottschalk y de Emicon. Su número ascendió en breve á cien mil ginetes armados de punta en blanco, y á trescientos mil peones perfectamente equipados; pero no eran menos de seiscientos mil contando la turba de mujeres, de niños, de ancianos, de monjes y de gentes de servicio.

No se imagine que obedece á un sólo capitán esta masa. Teniendo cada nacion sus armas, sus banderas, su disciplina, obedecía á un jefe distinto, y cada cual peleaba con arreglo al sistema militar que mejor conocía. Las máquinas de guerra estaban construidas por los genoveses y los pisanos, cuyas escuadras despues de haber pasado á los cruzados á el otro lado del mar, mantenian la abundancia en su campo.

El grande imperio Seljucida, fundado por Togrul-Bek y consolidado por Djelaledin, se habia desmembrado á la muerte de este último. Soldanes y emires Seljucidas residian en Alepo,

en Damasco, en Antioquia, en Mosul, en la misma Persia, donde reinaba Barkiarok, hijo del gran Djelaledin. Otro emperador habia sido formado en la Siria y en la Armenia por los turcos, á quienes Malek-Schah habia abandonado á Jerusalem; pero Al-mostali, noveno califa Fatimita de Egipto, les habia expulsado de la Palestina y de la ciudad santa.

El más poderoso de los Seljucidas era entonces Soliman, hijo de Coutoulish, que muerto en la batalla contra Alp-Arslan habia fundado dos dinastías. Soliman se preparaba á hacer la guerra á los hijos del vencedor, cuando el califa le persuadió á que conquistara más bien las provincias pertenecientes al imperio romano, desde Erzeroum hasta Constantinopla. En breve la caballería ligera de los turcos se lanzó hasta la Frigia y las orillas del Helesponto. Soliman, cuya asistencia fué reclamada por los griegos en medio de sus discordias, tuvo así entrada en el Asia Menor, ó Anatolia y se hizo dueño de ella. Esta fué la pérdida más grave que esperimentó la Iglesia desde las primeras conquistas de los musulmanes; allí desapareció con el cristianismo todo lo que quedaba de las ponderadas riquezas y de la docta civilizacion de la antigua Lidia.

El soldan estableció su residencia en Nicea, capital de la Bitinia, á cien millas de Constantinopla. Fueron profanadas las iglesias, ultrajados los sacerdotes; el ejercicio de la religion cristiana no fué permitido sino mediante un tributo, y miles de hombres fueron circuncidados y otros mil reducidos á la condicion de eunucos.

Antioquia resistió mucho tiempo, pero al fin la traicion abrió sus puertas á Soliman, á quien se sometieron tambien Laodicea y todas las ciudades de menor importancia hasta el territorio de Alepo. Así el Asia Menor, la Cilicia y la Armenia formaron un Estado compuesto de territorios quitados á los romanos, y que por este motivo fué llamado *Roum*, luego recibió el nombre de Iconio (*Kmoeh*).

A Soliman, apellidado el Campeón sagrado á causa de sus victorias sobre los cristianos, habia sucedido su hijo Kilisc-Arslan (*espada de leon*); educado en medio de los disturbios civiles, habia sido detenido largo tiempo prisionero en una fortaleza del Korassan por órden